

transformación de la tesis marxista-leninista sobre la «tendencia» o «partidismo» de la literatura en la necesidad de socavar desde dentro el poder de la prensa capitalista. Es uno de los elementos de un problema más amplio, que también se planteó Vallejo: el de la tarea del intelectual revolucionario. A diferencia de Benjamin, Vallejo no percibió la proletarización de manera tan aguda como Benjamin. Benjamin fue hijo de familia rica y su proletarización fue consecuencia del advenimiento del nacionalsocialismo que le impidió seguir colaborando en dos revistas prestigiosas como escritor profesional. La proletarización fue un descenso social y económico, que radicalizó sus críticas a las estructuras publicitarias liberales y de izquierda que no socavaban el sistema e impedía que los intelectuales de izquierda tomaran conciencia de su dependencia. Para Vallejo, la proletarización no significó un descenso social y económico, sino la continuación de su *status* social, es decir, del de la gran mayoría de la población hispanoamericana: la pobreza. Benjamin dijo que ella «lleva al bárbaro (a la barbarie actual del capitalismo, R.G.G.) a comenzar de nuevo; a poder vivir con poco; a construir con poco y al hacerlo no mirar ni a la izquierda ni a la derecha»¹⁹. Comenzar de nuevo y no mirar ni a izquierda ni a derecha significa, en el fondo, tener una mirada inocente y ver con ella el mundo. Esta nostalgia de Benjamin la poseyó Vallejo: es la inocencia de la filosofía y de la poesía, que ayudó a Vallejo a contemplar el problema de la proletarización del escritor y de su tarea como intelectual revolucionario sin la radicalidad desesperada con que lo hizo el «desclasado» Benjamin. Él no glorificaba la pobreza, sino que encontraba en ella el impulso de la Utopía, la revitalización del mesianismo judío, al que Vallejo abre la puerta con su concepción de la muerte de Dios, del Dios cristiano que «...si tú hubieras sido hombre/hoy supieras ser Dios», como dice en su denso poema «Los dados eternos» de *Los heraldos negros*, es decir, del Dios que no fue lo prometido. Utopía es no sólo la esperanza de un estado mejor, sino su presupuesto intelectual concreto: la libertad. Con esa libertad contempló Vallejo la pregunta por la tarea del intelectual revolucionario en la sociedad, es decir, por su tarea como intelectual y artista. Es la misma libertad que descubrió y cristalizó en *Trilce*. Sin embargo, cabría suponer que Vallejo sacrificó esa libertad a los dogmas del Partido. En su libro *El arte y la revolución* —que cabría llamar «prismático»— trata, en forma de diálogo, el tema «En torno a la libertad artística». El imaginario interlocutor es partidario de la libertad absoluta del artista. Vallejo le replica que nunca en la historia ha habido artistas libres e independientes en ese sentido. Los artistas burgueses obedecen a un «egoísmo inconsciente» y a «una dependencia a la clase y al Estado burgués, asimismo inconsciente». Los artistas bolcheviques, en cambio, «se someten, espontánea, racional y cons-

¹⁹ Walter Benjamin, «Erfahrung und Armut», en *Gesammelte Schriften*, t. II, 1, p. 215.

cientemente... a la dictadura proletaria y a la clase obrera y campesina... que lleva en sus entrañas la salud y la dicha de la humanidad. Vosotros vais atados a un carro que está despeñándose al abismo y no tiene salvación; nosotros vamos atados a un carro que marcha al porvenir»²⁰. Ese carro «bolchevique» no estaba hecho aún. En el mismo libro, Vallejo se pregunta «¿En qué medida el arte y la literatura soviéticos son socialistas?» y responde: «Estoy seguro que la mayor parte de las obras artísticas y literarias soviéticas (salvo la arquitectura), distarán inmensamente del arte socialista futuro»²¹. Vallejo hace una distinción entre arte bolchevique, arte socialista y literatura proletaria, de la que se deduce un germen de crítica y un esbozo de rechazo de la línea oficial del arte de *tendencia* o de partidismo que había defendido en el artículo sobre la libertad artística. Este esbozo de rechazo se concreta en la refracción prismática titulada «Lo que dicen los escritores soviéticos» del mismo libro. Vallejo resume los postulados de una literatura soviética que le comunicaron sus compañeros rusos y que él califica de «diversos y proteicos signos de su estética». La subterránea ironía del título («lo que dicen») se revela en una nota a pie de página al final de la enumeración de «lo que dicen» los escritores revolucionarios rusos, y que reza: «Lo que dicen los escritores soviéticos: añadir, al final, una especie de crítica de lo que dicen esos escritores. Corregir las enseñanzas y ejemplos, los defectos o lagunas, de lo que dicen y hacen esos escritores»²². «Proteica» significa que es indecisa la «teoría» soviética de lo que debe ser una literatura proletaria, en cuyo nombre y beneficio se dictaminaba sobre y contra la libertad del artista. «Aún no se ha llegado en Rusia a un acuerdo tocante a la literatura proletaria», escribió Vallejo en «Literatura proletaria» del mismo libro²³. Afirmación y duda, es decir, voluntad de ortodoxia y sentido de la libertad, determinan en Vallejo su adhesión al marxismo-leninismo. La misma ambigüedad determina la adhesión de Walter Benjamin al marxismo-leninismo. El tema de la literatura proletaria o revolucionaria forma parte de un complejo teórico fundado en la interpretación leniniana de la «teoría de la base y la superestructura» de Marx. Por eso, la tarea del escritor revolucionario debe partir de esta teoría. Vallejo no la acepta. En «La obra de arte y el medio social» asegura: «La correspondencia entre la vida individual y social del artista y su obra es, pues, constante, y ella se opera consciente o subconscientemente y aun sin que lo quiera ni se lo proponga el artista y aunque quiera éste evitarlo. La cuestión para la crítica está —repetimos— en saber descubrirla»²⁴. Con esto sacaba la consecuencia de la comprobación justa con la que comenzó una crítica impaciente a la teoría literaria marxista-leninista y que llamó «Escollos de la crítica marxista». «Ni Plekhanov ni Lunacharsky ni Trotzky han logrado precisar lo que debe ser te-

²⁰ César Vallejo, *El arte y la revolución*, p. 121.

²¹ César Vallejo, *op. cit.*, p. 44.

²² César Vallejo, *op. cit.*, p. 117.

²³ César Vallejo, *op. cit.*, p. 60.

²⁴ César Vallejo, *op. cit.*, p. 32.

máticamente el arte socialista. ¡Qué confusión! ¡Qué vaguedad! ¡Qué tinieblas! ¡Qué reacción, a veces, disfrazada y cubierta de fraseología revolucionaria! El propio Lenin no dijo lo que, en substancia, debe ser el arte socialista. Por último, el mismo Marx se abstuvo de deducir del materialismo histórico una estética más o menos definida y concreta. Sus ideas en este orden se detienen en generalidades y esquemas sin consecuencias»²⁵. A las consecuencias de esta confusión y fragmentarismo dedicó Walter Benjamin su conferencia «El autor como productor», pronunciada en el Instituto para el Estudio del Fascismo en París, en 1934, lugar y fecha con la que Vallejo dató el manuscrito de *El arte y la revolución*, que había preparado para la imprenta, al parecer, en Madrid en 1932. Las tesis habituales sobre la relación entre tendencia o partidismo y cualidad estética de una obra, esto es, entre la norma y la realización, que en la crítica condujo a interpretar una obra como «reflejo» de una situación económica, no fueron aceptadas por Benjamin. Son ciertamente canónicas, «sólo que al realizarlas se ha ido frecuentemente a lo grande y necesariamente a lo vago»²⁶. Benjamin propuso, en cambio, preguntar no sobre cómo se relaciona el arte con las fuerzas de producción sino cómo el arte está *en* las fuerzas de producción. La solución que Benjamin propone, esto es, que el artista debe socavar e invertir desde dentro (Benjamin se sirve del concepto de Brecht *umfunktionieren*) la prensa capitalista para ponerla al servicio de la revolución proletaria, fue sólo un postulado, del cual fue consciente Benjamin cuando al final de la conferencia preguntó: «¿Logra él (el escritor, artista, intelectual, R.G.G.) fomentar la socialización de los medios espirituales (intelectuales) de producción? ¿Ve él caminos para organizar a los trabajadores intelectuales en el proceso mismo de producción? ¿Tiene él propuestas para “refuncionalizar” la novela, el drama, la poesía?»²⁷. Pero el postulado era ya una declaración tácita de la insuficiencia de la teoría canónica leninista de base y superestructura, y de sus consecuencias prácticas. La conferencia estuvo determinada por la influencia de Brecht. Pero detrás de ese propósito de corregir y hacer más efectivo lo que se había perdido en lo grande y necesariamente en lo vago, de superar el «escollo» que había apuntado Vallejo, había una crítica aniquilante al marxismo-leninismo-estalinismo que registran sus «Conversaciones con Brecht», publicadas por primera vez en 1966. Benjamin registró esta conversación que tuvo con Brecht a comienzos de agosto de 1938: «En Rusia reina una dictadura *sobre* el proletariado. Ha de evitarse separarse de ella mientras esta dictadura rinda trabajo práctico para el proletariado —es decir, mientras ella contribuya a un equilibrio entre proletariado y campesinado bajo la percepción predominante de los intereses proletarios. Unos días después habló Brecht de una “monarquía de los trabajadores”, y yo comparé este organismo con los jue-

²⁵ César Vallejo, op. cit.

²⁶ Walter Benjamin, «Der Autor als Produzent», en *Ver-suche über Brecht, Suhr-kamp, Frankfurt/M., 1966, p. 97.*

²⁷ Walter Benjamin, op. cit., p. 115.

gos grotescos de la Naturaleza que en la figura de un pez encornado o de otros monstruos son sacados a luz de la profundidad del mar»²⁸. La réplica alegórica de Benjamin a Brecht no es menos clara en su contenido que la concisa comprobación que hizo Vallejo en uno de sus «Escollos de la crítica marxista»: «...Existe una palabra que ha causado y causa confusiones inextricables: la palabra “revolución”. Esta palabra ha perdido, con frecuencia, su alcance y contenido vitales, para convertirse en máscara del impostor, del renegado y del oportunista. ¡Qué tráfico de aventureros, de cobardes y traidores, se ha consumado al amparo de esta contraseña de comadres! ¡Qué contrabando de ideas, de personas y arribismos, se ha perpetrado al amparo de este pasaporte!»²⁹. Vallejo y Benjamin criticaron las deformaciones que había sufrido la promesa comunista no sólo por la burocratización y por la insuficiencia y confusión teóricas, sino por los parásitos a que había dado ocasión. A los que Vallejo llamó «máscara del impostor... del oportunista» dedicó Benjamin su famoso ensayo «Melancolía de izquierda». Es una carta a los intelectuales de izquierda como Ernst Kästner y Kurt Tucholsky, que habían convertido la idea de la revolución en artículo de consumo.

El fervor con el que Vallejo y Benjamin criticaron estas deformaciones y derivaciones de la gran promesa puede parecer inquisitorial y característico de su voluntad de ortodoxia. Es más bien un acto de desesperación que los lleva a una radicalización de su esperanza en el advenimiento de la redención social, de la sociedad justa y armónica. El materialismo histórico adquiere en los dos el carácter de símbolo de esa esperanza, y es ésta y no la teoría misma de Marx, que los dos conocían insuficientemente, la que justifica sus críticas. En «Lecciones del marxismo», Vallejo llama «eunucos» a los marxistas que «a fuerza de ver en esta doctrina la certeza por excelencia, la verdad definitiva, inapelable y sagrada, la han convertido en un zapato de hierro...» y concluye su crítica con un homenaje a la libertad interpretativa de Lenin y de Trotzky: «Su propia oposición a Stalin es una prueba de que Trotzky no sigue la corriente cuando ella discrepa de su espíritu. En medio de la incolora comunión espiritual que conserva el mundo comunista ante los métodos soviéticos, la insurrección trozkysta constituye un movimiento de gran significación histórica. Constituye el nacimiento de un nuevo espíritu revolucionario dentro de un Estado revolucionario. Constituye el nacimiento de una nueva izquierda dentro de otra izquierda que, por natural evolución política, resulta, a la postre, derecha»³⁰. El artículo apareció en 1929. Los artículos entusiastas que escribió en 1930 sobre sus impresiones en la Unión Soviética no desvirtúan estas críticas, que subyacen más bien al elogio de lo que algún día tendrá que surgir del fervor revolucionario que observó: el cumplimiento de la promesa comunista.

²⁸ Walter Benjamin, op. cit., p. 135.

²⁹ César Vallejo, *El arte y la revolución*, p. 33.

³⁰ César Vallejo, *Desde Europa. Crónicas y artículos (1923-1938)*, ed. Jorge Puccinelli, *Fuente de cultura peruana*, Lima, 1987, p. 323.